

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XI. — NÚM. 543

Madrid, 26 de Junio de 1930

PRECIO: 15 CÉNTS.

K E P H A

Por su temperamento, por sus arranques, por su amor, por su fe, y hasta por sus lágrimas, resulta simpático este Simón, hijo de Jonás; este Pedro, Simón Pedro, Cephas o Barjonas, que con todos estos nombres nos le citan los textos sagrados y los apócrifos.

Tiene Pedro el privilegio, compartido con Andrés, su hermano, de que fueron los primeros llamados al apostolado de la buena nueva. No era Pedro un pobre pescador, sino un pescador acomodado, propietario de barco y redes. No sabemos la importancia del barco, si era nave grande o un simple lanchón. Grande o chica, se deduce que Pedro era patrón, no asalariado, hombre de posición desahogada. Y basta que a los dos hermanos diga Jesús: «Venid en pos de Mí y haré que seáis pescadores de hombres», para que abandonen barco, redes, oficio, y sigan al Maestro, llenos de fe.

Y dice Papini: «¿Quién de nosotros, hoy, sería capaz de imitar a los pescadores de Capernaun? Si un profeta dijera al comerciante: deja tu mostrador y tu caja; al profesor: desciende de tu cátedra y quema los libros; al ministro: renuncia a tu cargo y tus mentiras; al obrero: recoge la herramienta, que yo te daré otro trabajo; al labrador: deja el arado en el surco empezado, que yo te prometo cosecha mejor; al maquinista: detén tu máquina y sígueme, porque el espíritu es más que el metal; al rico: distribuye lo que tienes y te daré posesión de innumerables bienes; si un profeta nos hablara así a todos, ¿cuántos le seguirían con la espontánea sencillez de los pescadores del Tiberiades? Si esto lo ordenara un profeta cualquiera, se le haría el mismo caso que se hizo siempre a todos los profetas. Jesús no es un profeta como los otros. Cuando El manda decidido a que se le siga, se le sigue. Este es el caso de aquellos pescadores. Se nos dirá que aún sigue mandando desde el libro santo y desde algunos púlpitos. No todos conocen las Escrituras; sólo unos pocos. No se predica a Jesús desde todas las tribunas. Frente a El, y dispuesto El a ser seguido, se le obedecería. Quien tiene poder para andar sobre las aguas alborotadas y para que Pedro ande también encima de ellas; quien es obedecido por los vientos y el mar; quien convierte el agua en vino, limpia de lepra y da vista a los ciegos;

quien quita la fiebre a la suegra de Pedro, se hace obedecer siempre que quiere. Así con sus apóstoles. Fueron escogidos porque de tal modo convenía.

La fe de Pedro se manifiesta muchas veces. Jesús le manda que vuelva a echar las redes al mar. «Maestro, habiendo trabajado toda la noche, nada hemos tomado; mas en tu palabra, echaré la red.» Los que desde niños anduvimos entre gentes de mar, sabemos cuánto trabajo cuesta echar las redes. Pedro no vaciló, a pesar de la noche infructuosa. Y aquella fe tuvo su premio, como toda fe tiene; sobre todo si la fe es en Jesús: «encerraron tan gran cantidad de pescado, que la red se rompió».

Más adelante volverá Pedro, el buen Pedro, a demostrar su fe en el Señor. Es cuando Jesús pregunta a sus discípulos «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Y los discípulos responden: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas». Jesús vuelve a preguntar: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?» Entonces Pedro, en uno de sus arranques, impetuoso: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». Luego, el premio a su fe: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne ni sangre, mas mi Padre que está en los cielos. Yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Muchas veces el amor nos ciega. Así a Pedro cuando Jesús anuncia que le conviene ir a Jerusalem, padecer de los ancianos, de los príncipes, de los sacerdotes, de los escribas, «ser muerto» y resucitar. Pedro cae en uno de sus arrebatos. Tiene la precaución de no hacerlo delante de los otros: pero la Escritura lo dice muy claro: «reprendió» a su maestro. Respetuoso en la forma, irrespetuoso en el fondo: «Señor, ten compasión de ti: en ninguna manera esto te acontezca». Jesús se indigna, y no poco: «Quitate de delante de mí, Satanás; me eres escándalo». Rara vez se enfadó tanto. Ni siquiera en aquel otro momento de insubordinación: «No me lavarás los pies jamás». Entonces sólo hubo amenaza por parte de Jesús: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo». Y aquí la reacción inmediata, muy de Pedro: «Señor, no sólo los pies, más aún, las manos y la cabeza».

Siempre se muestra Pedro solícito con

su Señor. En el momento de la transfiguración, en medio de su espanto, se preocupa de la comodidad del Maestro. Buen judío, también de Moisés y Elías. «Señor, bien es que nos quedemos aquí; si quieres, hagamos tres pabellones: para ti uno, para Moisés otro, otro para Elías». De sí no se preocupa. Tampoco de Jacobo y Juan.

Pedro es para Jesús su hombre de confianza. Así en lo importante como en lo secundario. Cuando los recaudadores de tributos le preguntan si el Maestro no paga las dos dracmas, Pedro no vacila: «Sí». Pero no las tenían ninguno de ellos. Jesús que lo sabe todo, aunque no se lo digan, le manda, por no escandalizar, que eche el anzuelo; en el primer pez que pesque hallará para el tributo de los dos.

Para Pedro, Jesús es su maestro; el suyo. Todas sus dudas las consulta con Jesús. Ya sabía el Apóstol que cuando un hermano peca contra otro hermano, éste debe perdonar. Pero todo tiene su límite. Si el hermano pecador sigue ofendiendo al hermano, una vez y otra vez y otras, ¿vamos a estar perdonando siempre? La cifra siete ejerció constante influencia en los hebreos. Jehová hizo el mundo en siete días. Jacob, por Raquel, sirvió a Labán siete años. Y después del engaño de Labán, otros siete años por Raquel. Faraón soñó que del río subirían siete vacas gordas y siete flacas. Y volvió a soñar con siete espigas bien granadas y siete menudas, abatidas por el solano. José descifró los sueños: vacas y espigas la misma cosa: siete años buenos y siete años malos. En la ley de los siervos, al séptimo año era la liberación. Seis años seguidos se labraban las tierras, pero al séptimo se dejaban vacantes para que comieran los pobres del pueblo. Así con las viñas y olivares. Al séptimo día, Jehová llamó desde la nube a Moisés. Siete días la consagración de los sacerdotes. Siete también la expiación del altar. Siete comiendo sin leudar en la fiesta de los ázimos. Las parturientas, inmundas siete días. Cada siete días el reconocimiento en los leprosos. Lo mismo en la tiña. Fiesta a Jehová siete días cada año: en el mes séptimo, habitando siete días en cabañas. El año del jubileo: siete semanas de años; «de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a ser cuarenta

y nueve años». El año siguiente será jubileo. Múltiplo de siete el largo de las cortinas del tabernáculo. Múltiplo de siete las generaciones desde Abraham hasta Jesús. Y siete las peticiones del Padre nuestro. Así es que Pedro consultó al Señor: «¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano? ¿Hasta siete?» Y Jesús despeja su duda: «No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete».

La fe tiene siempre su premio. Cuando Jesús dice a sus discípulos cómo es difícil que un rico entre en el reino de los cielos, Pedro pregunta: «He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué, pues, tendremos?» Jesús responde: «Os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel». Jesús responde a Pedro. Y a la Humanidad entera: «Cualquiera que dejare casas, o hermanos, o hermanas, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces tanto, y heredará la vida eterna». Decidme, hermanos, ¿hay hoy quien deje todo en nombre de Jesús? ¿Quién por sometimiento a los mandatos y doctrina del Señor, por vivir conforme Él ha dicho, no apartándose del mundo, sabe substraerse a los convencionalismos, maldades y engaños sociales? ¡Cuántos, cuántos nos llamamos cristianos y no lo somos! ¡Cuántos, como Pedro, se proponen no negar a Jesús, y antes de que el gallo cante, todos los días, niegan a Jesús muchas más de tres veces! La vida de hoy, de religiosos y laicos, de incrédulos y creyentes, es una no interrumpida negación. Si de otro modo fuera no viviríamos todos, pobres y ricos, hombres y mujeres, chicos y grandes, en la presente inquietud universal. Pedro hizo muchas cosas que ahora no se estilan. Sobre todo una: Pedro lloró. Y lloró de corazón, con arrepentimiento. Ahora, no. Ahora cuando se llora es de rabia por no poder pecar. Porque no salieron a gusto las maldades, engaños y crímenes. A Pedro reabilitaron sus lágrimas. Y sobre ellas se fundó la primitiva Iglesia, la verdadera. No la de hoy.

Jesús predicó una doctrina de amor. Condenó la violencia. Pero hay un momento en que Pedro, también por amor, se olvida. Es cuando en el Huerto de los Olivos van a prender a su Señor. No puede contenerse y corta una oreja a Malco, siervo del pontífice. Y la intención debió fallarle, alteración de pulso, porque el golpe es seguro que iba a partir la cabeza.

Han crucificado al pobre carpintero de Nazaret. Al Mesías esperado, ansiado por Israel, y no conocido. ¡Se mostró tan distinto de como se le concebía! Tan distinto que cuando dijo: «Soy Yo», le mataron. Es sepultado por José de Arimatea y Nicodemus. Cuando Pedro va al sepulcro le encuentra vacío. ¿Dónde estará el Señor? El Señor está hablando con María Magdalena: «No me toques, porque aun no he subido a mi Padre».

Aquella tarde Jesús visita a sus disci-

pulos. Y otro día, de mañana, va a la ribera a comer con ellos. Entonces es cuando pregunta a Pedro: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?». Tres veces pregunta y tres contesta el Apóstol. Pero la tercera, entristecido: «Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que te amo».

* * *

Jesús, físicamente, abandonó nuestro mundo. Pero no dejó solo a Pedro; estuvo con él. Era mucha la misión que le había confiado, muy grande su responsabilidad: fundar la Iglesia universal, predicar la buena nueva. Primero, a las tribus de Israel; luego, a todas las naciones. Pedro no vacila. El humilde pescador del Tiberiades se lanza a la propaganda con toda su alma, con sus mejores bríos. Se siente elocuente y pleno de argumentos. Su primer mitin un éxito: tres mil adheridos. Entonces se estableció la primera comunidad cristiana, de ambos sexos. En una nueva reunión de propaganda se convierten cinco mil. Príncipes, ancianos y escribas se alarman. Pedro tiene que discutir con ellos. Le acompaña Juan. Anás y Caifás se consultan: «¿Qué haremos con estos hombres?» Y los poderes públicos acuerdan como todavía es costumbre: prohibir la propaganda de la nueva doctrina. «Y llamándoles les intimaron que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en nombre de Jesús. Entonces Pedro y Juan dijeron: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios». Que es lo mismo que deben contestar los verdaderos cristianos cuando se les ordena en contradicción con la doctrina del Cristo, caso frecuente.

No influyeron en Pedro las amenazas. Continuó su obra. Fué encarcelado. Y libertado por la gracia de Dios. Pero no dejó de ser azotado. No le arredró en su trabajo ni el martirio de Esteban ni la persecución de Saulo. Tras la predicación en Jerusalem, la propaganda en Samaria, Joppe, Lydda, Cesárea, Saron, Fenicia, Cipro, Antioquía. . .

Fué en Joppe donde el Apóstol oyó la voz: «Levántate, Pedro, mata y come». La interpretación es que debía hacer propaganda entre gentiles. Se determinó a trabajar en Cesárea. No agradó en Jerusalem que a los paganos convertidos no se les obligara a la circuncisión. Así pensaban los cristianos que antes pertenecieran al partido rigorista de los fariseos. La cuestión era grave; eminente un cisma. El porvenir de la nascente Iglesia se iba a ver comprometido. Fué precisa una Asamblea, donde Apóstoles y ancianos discutieron acaloradamente. Pedro triunfó de nuevo. Jacobo le apoya: «No se deben crear dificultades a los gentiles que se convierten a Dios». En tal sentido se escribió a los cristianos de Antioquía, Siria y Cilicia. Así fueron los resultados de aquella Conferencia, considerada como el primer Concilio de Jerusalem, y que se parece a los Concilios posteriores como

la Iglesia primitiva a la de hoy. Pero la circuncisión y la incircuncisión siguió siendo motivo de discordia, dando más tarde lugar a la disputa de Pedro y Pablo, en Antioquía, y de que se nos habla en la Epístola a los Gálatas.

La tradición eclesiástica pretende que Pedro fué a Roma y que allí vivió. Sujeto de controversia enconada. El Concilio de Trento declara artículo de fe que «el Pontífice Romano es el sucesor de San Pedro, Principe de los Apóstoles». Los teólogos católicos se han entregado a investigaciones laboriosas sin resultados positivos. No se ha podido demostrar que Pedro fuera obispo de Roma durante veinticinco años. Y parece imposible que quien hoy ejerza la primacía eclesiástica con fausto asiático y casi pagano sea el sucesor de aquel humilde pescador de Bethsaida, que ni siquiera tenía para pagar las dos dracmas del impuesto.

El viaje de San Pedro a Roma en tiempo de Claudio, el segundo viaje en tiempo de Nerón y el martirio del Apóstol merecen detenido estudio, que no cabe en los límites de este artículo.

Lo que desde luego puede afirmarse es que Pedro ocupó plaza de honor entre los apóstoles, aunque no de modo exclusivo.

LUIS VILLOZO

00000000000000000000000000000000

Cristianos equilibrados.

Procure usted ser un cristiano bien equilibrado, simétrico, de corazón sano y entero. No se vaya a los extremos. Manténgase en el medio. No sea fanático ni se doblegue. Ambas cosas son peligrosas. No le dé demasiado énfasis ni menos énfasis a cierta verdad. No espiritualice lo que tiene un sentido literal, ni tome literalmente lo que es espiritual en la Escritura. No se deje llevar por sus teorías favoritas, ni saque en todo tiempo sus caballitos de batalla. No saque la verdad fuera de su lugar, antes déjela donde está y para lo que está, pues de lo contrario le perjudicará a usted y a otros. No mida ni interprete las Escrituras conforme a sus experiencias, antes bien, interprete sus propias experiencias conforme a las Escrituras. No sea estrecho de criterio ni fanático, y recuerde que Dios ha llamado a otros además de usted. Sea exclusivo a la manera que Dios lo es e inclusivo en igual sentido. No vea únicamente la letra, sino también el espíritu de la Palabra. Tenga la verdad, no sólo en el entendimiento, sino también en el corazón. «Sed hacedores de la Palabra y no solamente oidores.»

Muy pocos sermones conducen a la adoración. La elocuencia por sí sola no conduce a la adoración. Necesitamos exhortaciones, pero la verdadera adoración se reconcentra en Dios y en Cristo y nunca en el hombre. — *Watson.*

A TRAVÉS DE LA PRENSA

A UNA DAMA CATEQUISTA

«En su exceso de celo, las escuelas catequísticas han pecado de injustas para con las profanas y sus representantes.»

CELSO.

SEÑORA: He escuchado, no ya con atención, sino con sincero y afectuoso respeto, su disertación en defensa de la religión católica, del trono y de las Congregaciones religiosas. Desde luego, tengo el honor de felicitarla por su entusiasmo, su candor y su noble empeño en combatir las ideas que juzga disolventes, pecaminosas y nefandas. Lo que lamento muy hondamente es que su retórico y apasionado discurso no haya modificado en lo más mínimo mis convicciones reflexivas; y como bien pudiera ocurrir que a muchos oyentes les haya sucedido lo propio, voy a exponer a usted humildemente a qué circunstancias atribuyo esa carencia de eficacia de su catequesis y ese desencanto mío al no encontrar sino tópicos partidistas en donde pensaba hallar argumentos decisivos en pro de doctrinas que siempre fueron para mí respetables.

En primer lugar, me parece, señora, que, lejos de elevarse a las alturas de lo impersonal y de lo Eterno, siguiendo el ejemplo de un Tomás de Aquino, de un Balmes o de un fray Ceferino González, usted, tal vez para hacer más asequible su doctrina a los entendimientos vulgares, se ha limitado a hacer la apología, no de las ideas, sino de las personas. Así, por ejemplo, para dar testimonio de su fe monárquica, no ha aducido usted un solo argumento en defensa de la institución tradicional, sino que ha hecho un apasionadísimo elogio del monarca reinante, y esto, claro es que en nada puede atenuar mis convicciones republicanas; porque yo no niego virtudes ajenas ni de monarcas ni de súbditos; las reconozco de antemano y me descubro ante todas las personas vivientes, que para mí son merecedoras de consideración y respeto.

Yo no soy enemigo de este monarca ni de ninguno, sino de la institución monárquica en general y en abstracto, y, de esta suerte, lo que había que demostrar no era que ha habido y hay reyes que son excelentes personas, que ello no me interesa ni entro a averiguarlo, sino que el gobierno de uno solo es preferible al de la sociedad organizada, más justo y más conforme a los principios eternos de justicia.

Pero usted, señora, en su ardimiento batallador, ha creído que los republicanos somos todos unos malhechores, que odiamos al monarca y que deseamos su mal, y nos ha combatido, no como a personas razonables que pueden equivocarse, pero que proceden de buena fe, sino

como a perturbadores sin conciencia, que atacan a las personas por motivos ruines, cuando no somos sino religiosos a nuestra manera, que creemos servir mejor a Dios sustentando lo que diputamos justo, aunque ello nos traiga persecución y daño como al mártir de Galilea; que revalorizamos cosas materiales sublimes, pero que nos parecerían demasiado pequeñas en el infinito del espacio y bajo la cúpula espléndida y soberana en que resplandecen centenares de millones de mundos.

Otro tanto pudiera decirse de la fe religiosa. Usted, dignísima señora, no ha defendido a la religión, sino a las Ordenes religiosas. Usted no ha demostrado la verdad de religión alguna, sino su fidelidad al Corazón de Jesús, es decir, a una Congregación de hombres, sin duda eminentes, pero de hombres. Usted, con sus palabras, no ha satisfecho (perdón) mis ansias espirituales, porque ni una sola vez ha hecho la defensa de los humildes, y, en cambio, ha puesto de manifiesto su amor entrañable a los poderosos: a Dios, que está en los cielos y que todo lo tiene y nada ha menester; al monarca, que rige y gobierna y de nada carece; a las Congregaciones, que son dueñas de bienes materiales y señoras de las conciencias.

En cambio, nada he oído que signifique amor a los que de todo carecen, a los que no están sentados a la diestra de Dios Padre, sino que se revientan en las minas, en los surcos, en los talleres o sobre la cresta de las olas del mar. No ha dicho usted una sola frase protestando de las injusticias que padecen los viejos enfermos y hambrientos, las mujeres débiles y menesterosas, los niños descalzos, que no tienen aduladores porque nada pueden dar, que no cuentan con mesnadas de guerreros ni de propagandistas, porque es la injusticia social la que a unos privilegiados místicos se lo da todo, mientras a ellos les priva de lo más necesario.

No ha explicado usted, señora, por qué motivo el Dios eterno y sublime, creador de las leyes naturales y engendrador de esos mundos que distan del nuestro muchos millones de años de luz, caminando ésta trescientos mil kilómetros por segundo, no ha de ser tal Dios sino dentro de ciertos lugares angostos, entre vestiduras recamadas de oro, entre magnates y buscando su representación en imágenes sonrosadas y de labios carmineos, y no ha de serlo para que la justicia social se realice, para emancipar a los harapientos, para llorar con todas las madres y no con una sola, y para hacer de las ideas, no un ideal circunscripto a una pequeña esfera y a unos cuantos intereses personalísimos, aquí y después de la muerte, sino algo universal y desinteresado que no aliente en la conciencia de quienes esperan recompensas aquí ni allá, y que, acertada o erróneamente, no piensan al evangelizar en personas, sino

en principios, y se olvidan para ello, si los tienen, de sus blasones, de sus riquezas y de sus afectos.

Hubo, señora, un Concilio, el cuarto de Cartago en el año 398, es decir, en aquél en que los cálices eran de barro, el cual prohibió a los seculares que hablasen públicamente de religión allí donde hubiera sacerdotes, a no ser por su orden y dirección expresa, sin duda para evitar que la competencia no se hallase a la altura del entusiasmo. Y aun a los mismos clérigos prohibió el quinto Concilio de Letrán, en su sesión décimoprimer, en 1514, que predicasen sin antes ser examinados por su ciencia, sus costumbres y su moderación, y una de las razones para ello aducidas fué que, aun siendo el predicador de vida ejemplar y de sabiduría notoria (cuales son las de usted, señora), podía, en su exaltación piadosa, llegar al tono airado, que es siempre contraproducente y opuesto a la verdadera evangelización, que otra medida y caridad demanda.

Es ésta una regla elemental de la catequética que no olvidaron ni San Gregorio de Niza ni San Agustín en *De catechizandis rudibus*. Siempre se ha exigido a quienes ejercen la catequesis y a los que la Iglesia antigua llamaba *nautólogos*, por guiar las naves de la fe, una competencia sólida y una moderación extremada.

Perdón, señora, sí, reconociendo sus altísimas dotes de ilustración y de educación social, entiendo que en su peroración no ha sido afortunada. Ello ha dependido, sin duda, de su condición afectuosa, que la ha llevado a defender a personas a quienes no hemos pensado en atacar. En cuanto a las ideas que combatimos, crea usted (y perdón si no la doy el tratamiento adecuado, por ignorarlo) que no son inspiradas ni en odios ni en pasiones mezquinas, sino en motivos ideales, que consideramos más excelsos que los que nos son predicados por los poderosos de la tierra. «El partidismo (*le parti pris*), ha dicho un escritor sensato, la fe inquebrantable, pueden ser fuentes de elocuencia; pero nunca bases serias de discusión y de progreso.»

Espíritu prócer el de usted, señora, se apasiona en la defensa de sus afines, de los fuertes, de los poderosos y de los que todo lo ordenan y mandan. Espíritu humilde, pero aristocrático también, puesto que no gusta de servir ni humillarse, el mío se aparta de los grandes, que no le necesitan, y se encamina hacia aquellos miseros desvalidos (Salmos LXXI, 14), «muy bien amados de Jesús», y que no pocas veces (Eclesiástico XIII, 23) «son presa de los ricos», (*Venatio leonis onager in eremo; sic et pascua divitum sum pauperes.*)

ANTONIO ZOZAYA

(De La Libertad, de Madrid.)

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

<i>España y Portugal:</i>	
Un año	8 pesetas.
Semestre	4 »
Paquetes de 10 a 50 ejemplares . . .	6 »
por ejemplar al año; de 51 ejemplares en adelante	5 »
<i>Extranjero:</i>	
América, Francia e Italia, un año. . .	10 pesetas.
Semestre	5 »
Paquetes de 10 ejemplares en adelante .	8 »
por ejemplar al año.	
Los demás países: un año.	15 »
Semestre	8 »
Paquete de 10 ejemplares o más a . .	12 »
por ejemplar al año.	

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

APARTADO 4.024

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

CRÓNICA

La Exposición de Sevilla.

HA terminado el gran Certamen Iberoamericano de que ha sido marco, durante doce meses largos, la perla de Andalucía. ¡Y a fe que el marco era digno del cuadro! No hace muchos días hemos paseado por los hermosos jardines de María Luisa, hemos visitado los espléndidos palacios y hemos contemplado las artísticas iluminaciones. En verdad que la Exposición de Sevilla no ha desmerecido de su hermana la de Barcelona; y ambas, que pueden ponerse al lado de las mejores celebradas en el Extranjero, dan una idea de lo que puede llegar a ser España bajo un régimen de mayores libertades cívicas y de más atención, y menos monopolios, a las actividades del país.

La Exposición ha terminado; el sueño de hadas se ha desvanecido; Sevilla, la incomparable, volverá a su vida ordinaria, pero con los muchos problemas que plantea la postexposición, no siendo el menor de ellos las relaciones iberoamericanas. No hay duda que éstas han dado un gran paso, pero no hasta el punto de haber borrado la leyenda negra, como dijo uno en el acto de la clausura. No; la leyenda negra no se borra con el espectáculo magnífico y deslumbrante de una Exposición; se borra con hechos y con leyes. Venga la ansiada libertad de cultos, hoy pedida ya hasta por muchos que militan en la Iglesia oficial; venga la separación de Iglesia y Estado, como solicitan hoy hasta los beatos de la Acción

Este número ha sido revisado por la censura.

Catalana; venga el castigo para aquellos que se dedican a insultar y apedrear a cuantos disienten del jesuitismo imperante; vengan iguales privilegios para todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y religiosas; y esto, y no aquello, es lo que borrará la leyenda negra, a la que no hemos dado lugar, por cierto, los que nos hemos apartado de Roma.

Y sólo entonces es cuando la madre España, a la que tanto amamos, podrá hacer un buen papel al lado de sus hijas, las Repúblicas americanas. De lo contrario, es posible que la tolerancia e intransigencia de España hagan desentonar a ésta al ponerse al lado de la pequeña República del Uruguay, donde es un hecho la separación de Iglesia y Estado; al colocarse junto a la extensa Argentina, donde la amplia libertad permite celebrar a cualquier culto reuniones en una plaza pública; al desear codearse con Cuba, cuyas autoridades no encuentran inconveniente en presidir la apertura de un Congreso evangélico. . . Siga España el camino que le marcan sus hijas, y entonces el de la aproximación, seguido felizmente en la Exposición de Sevilla, tendrá un sublime remate, y habrá acabado la leyenda negra, que somos los primeros en querer ver desaparecida.

«Misericordia quiero...

Toda la Prensa de la izquierda ha detallado, y censurado como merece, el triste espectáculo ocurrido en la Exposición de Barcelona, que ha constituido una página tristísima en las brillantes que lleva escritas la Exposición Universal que allí se celebra. La Iglesia romana, que desde hace algún tiempo viene mostrando gran empeño en recurrir a las mujeres y a los niños para sus manifestaciones callejeras, organizó una Comunión infantil, que tendría lugar en las primeras horas de la mañana en la amplia avenida que da entrada a la Exposición. He aquí cómo uno de los principales diarios describe lo que allí ocurrió:

«En la avenida de María Cristina, y organizada por el Comité ejecutivo de la Exposición Misional, se celebró ayer mañana, de siete a nueve, y cuando el sol, en un día calurosísimo, era fortísimo, la Comunión de unos treinta mil niños. Frente al surtidor grande se levantó el altar principal, en el que ofició el obispo. A los lados, y en altares más pequeños, celebraron el precepto apostólico el Caquetat, de Colombia, y el Shikoku, del Japón. La ceremonia revistió grandiosidad, ciertamente; pero también, desgraciadamente, unos dos mil niños, que hubieron de levantarse a las seis de la mañana para asistir al acto, no pudieron resistir los ardores del sol y sufrieron desmayos e insolaciones, constituyendo un espectáculo lamentable. En los puestos montados por la Cruz Roja, en los que había unos ochenta individuos, fueron asistidos hasta dos mil niños, la mayoría niñas, aca-

bándose el éter de que disponían para que recobrasen el conocimiento. Según nuestras noticias, en el Palacio de Proyecciones fueron asistidos setecientos niños; en el restaurante «La Pérgola», trescientos cincuenta; en la plaza del Universo, trescientos, y en la plaza de Monserrat, trescientos cincuenta.

«El espectáculo de las camillas, llevando niños a los puestos de socorro, fué deprimente en alto grado. Según nuestras noticias, que no hemos podido aclarar, ocho o nueve de estos niños se encuentran en grave estado.»

El hecho no necesita comentarios, porque ello solo se comenta. Y mientras la Prensa clerical se ha callado bonitamente el suceso, hasta los concejales romanos del Ayuntamiento de Barcelona han protestado de lo ocurrido. Pero aquí viene bien aquello de «al asno muerto...» Ya se sabe, y bien claro se ha dicho infinidad de veces, que en España, la Iglesia de Roma, es el ama y señora, y para ella no hay obstáculo que se oponga a sus designios, ni direcciones prohibidas, ni luces rojas. Vía libre y paso franco lo tiene en todas partes; y con toda facilidad salta por encima de Ayuntamientos, Diputaciones, Gobierno, Cámaras, y hasta por cosas más altas ha saltado y saltará. ¡Pero qué por debajo estamos del Uruguay, señor ministro del Trabajo!

Agradecidos.

No somos de los que nos hacemos ilusiones (los años no pasan en balde), ni de los que nos dejamos cazar con espejuelos (como las alondras), pero el que no es agradecido no es bien nacido. Y eso, sí, nos preciamos de ser bien nacidos. Y por eso no podemos menos de sentirnos agradecidos a la respuesta que el jefe del Gobierno, general Berenguer, dió al telegrama que le envió la Conferencia de obreros evangélicos, recién celebrada en Sevilla. Y el saludo del general es tanto más de agradecer, porque contrasta con la actitud de gobernantes anteriores. Más de una vez nos dirigimos al general Primo de Rivera, sin obtener contestación alguna. Todavía no hemos olvidado (y es un caso entre otros) la consulta que se le hizo sobre la posible celebración, en Madrid, de la Conferencia mundial de la Alianza Evangélica Universal. Supimos que de esto se trató en alguna parte. Y supimos también que se acordó NO CONTESTAR. Y así, ni se autorizaba la celebración en España de aquella Conferencia, ni se podía decir que se hubiera negado. ¿Qué tal, eh? Precisamente por eso es más de agradecer el proceder y la atención del Sr. Berenguer, saludando a los que a él nos habíamos dirigido. Muchas gracias, general.

FERNANDO CABRERA

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

EN SEVILLA

La Conferencia de Obreros Evangélicos.

Notas sueltas de las diferentes reuniones.

No hemos recibido aún las conclusiones votadas en la Conferencia, a causa del urgente viaje de uno de los secretarios al Extranjero; pero creemos que los siguientes párrafos, instantáneas verbales de la Asamblea, interesarán a nuestros lectores, ayudándoles a comprender su espíritu, que es lo que más importa. Las conclusiones, o a lo menos su sentido fielmente reflejado, aparecerán, Dios mediante, en nuestro número próximo.

Miembros de la Conferencia.

IGLESIA ESPAÑOLA REFORMADA. — Don Daniel Regaliza, D. Fernando Cabrera, D. Atilano Coco, D. Progreso Parrilla, D.^a Isabel de Parrilla, D. José Pimentel, D.^a Pura de Pimentel, D. Joaquín Mezo, D.^a Justa de Mezo, D.^a Margarita Palomares.

IGLESIA EVANGÉLICA ESPAÑOLA. (*Junta Regional del Norte*): D. Mauricio Lusa, D. Pedro Mañueco. (*Junta Regional del Nordeste*): D. Samuel Saunders, D. José Capó, D. Juan Capó. (*Junta Regional del Centro*): D. Julián Saco, don Elías Araujo, D. Juan Flíedner, D. Teodoro Flíedner (hijo), D. Franklin Albricias, D. Gregorio Gómez, D. José Crespo, doña Lidia de Crespo, Srta. Elena Blanco. (*Junta Regional del Sur*): D. Enrique Rodríguez, D. Claudio Gutiérrez Marín, D. Miguel Blanco, D. Enrique Tomás, don Eliseo Mariblanca, D. Ernesto Ballesteros, Srta. Lidia Calamita, Srta. Sara Araujo, D.^a Laura Ortiz, D.^a Celes de Gómez, D. Miguel Garrido, D. Santos Molina, don Antonio Jiménez, D. Patricio Gómez.

MISIÓN EVANGÉLICA ESPAÑOLA. — Don Percy Buffard, D. David Sholin, D. Alejandro Acomb, D. Sebastián Villar, don Miguel Aguilera, D. Agustín García, don Félix Vacas.

SOCIEDAD BÍBLICA BRITÁNICA Y EXTRANJERA. — D. Adolfo Araujo, D. Cecilio Benito, D. Francisco Perendones.

Reuniones de Oración.

De ocho y media a nueve de la mañana hubo una reunión de oración los días 11, 12, 13 y 14. Dirigió las dos primeras D. Patricio Gómez; la tercera, D. Joaquín Mezo, y la cuarta, D. Daniel Regaliza. Después de una breve meditación en la Palabra de Dios, hubo numerosas y fervientes súplicas, invocando la bendición divina sobre la Conferencia y rogando por las necesidades de la Obra.

La Alianza Evangélica Española.

Su presidente y secretario, D. Fernando Cabrera y D. Julián Saco, ocuparon la tribuna, a las nueve, del día 11, dirigiendo el primero una cariñosa salutación a los reunidos, y haciendo historia del origen y

causas de la Conferencia. Hizo constar que la Alianza había hecho gustosa los preparativos; pero, considerando terminada su misión al estar reunida la Conferencia, rogaba a ésta constituyera su Mesa y adoptase las reglas que creyese más adecuadas para su funcionamiento.

Elección de Mesa.

Por unanimidad, es elegida la siguiente: Presidente, D. Adolfo Araujo; vicepresidentes, D. Julián Saco y D. Samuel Saunders; secretarios, D. Claudio Gutiérrez Marín y D. Patricio Gómez.

El presidente pronuncia breves palabras para agradecer la confianza depositada en la Mesa, y dirige palabras de optimismo a los reunidos, animando, especialmente a los obreros jóvenes, a tomar parte en el estudio de los diversos asuntos propuestos a la Conferencia.

Adhesiones.

Leyéronse las siguientes, en diferentes momentos de la Conferencia: de D. Francisco Albricias, de Alicante; D. Juan Labrador, de Puerto Real; D. Ramón Casanovas, colportor en Canarias; D. Antonio J. Díaz, de San Sebastián; D. Alberto Sancho, de Barcelona; D. Juan Usach, de Reus; D. Eduardo Moreira, de la Alianza Evangélica Portuguesa; D. Francisco Lobo, del Puerto de Santa María; D. Luis H. Ponzoa, de Ronda; D. Vicente García López y casi todos los colportores de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera que, además, por indicación de la Agencia, señalaban las localidades de España que les parecían bien dispuestas para la Obra evangélica.

La Conferencia de Albacete.

Abriábase la esperanza de que los hermanos bautistas, reunidos en Albacete, destacasen una delegación que viniese a Sevilla a cooperar en los trabajos de la Conferencia de Obreros. Pero el 12 por la mañana se recibió el siguiente telegrama: «A la Conferencia de Sevilla: No siendo posible venir Comisión, les saludamos, deseando que el Señor les guíe. — Julio Nogal, presidente». Se acordó enviar la siguiente respuesta: «Lamentamos ausencia de Comisión anunciada. Correspondemos deseo bendición. — Conferencia Obreros».

La reunión pública.

Celebróse el día 11 por la noche, en la capilla de la plaza de San Agustín, bajo la presidencia de D. Daniel Regaliza. Dieron la bienvenida los pastores de Sevilla, D. Joaquín Mezo y D. Patricio Gómez. Evocó este último, en párrafos de sentida elocuencia, las figuras de los

mártires sevillanos de la fe evangélica en el siglo XVI, y exhortó a todos a tomar aliento y confiar en el Dios que los sacó triunfantes de aquella gran prueba. El pastor de Málaga, D. Claudio Gutiérrez Marín, pronunció un vibrante y entusiasta discurso sobre las palabras de Pedro y Juan al cojo, en el templo: «Levántate y anda», y D. Adolfo Araujo dirigió la oración final. La concurrencia fué numerosísima y salió muy alentada del acto.

Excursión a San Isidro del Campo.

Fué realizada en la tarde del 13, utilizando los miembros de la Conferencia dos autos que los condujeron al convento de Santiponce, hecho famoso por el movimiento de Reforma que en él se desarrolló en el siglo XVI. La excursión fué dirigida por el profesor de los Colegios de San Agustín, D. Santos Molina, el cual, al final de la misma, leyó lo que Reginaldo de Montes dice acerca de la figura de García Arias, el Dr. Blanco, prior que fué de dicho convento, y que, al fin, murió en la hoguera.

Votos de gracias.

En la sesión final se votaron con entusiasmo para las siguientes entidades y personas.

La Alianza Evangélica Española, que, con espíritu maternal, había prohiado el proyecto de la Conferencia.

ESPAÑA EVANGÉLICA, donde su gerente, el Rdo. Fernando Cabrera, con la pericia que le caracteriza, había hecho la preparación del ambiente y la propaganda de la futura reunión de obreros.

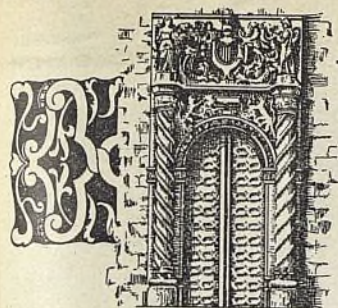
Las Iglesias de Sevilla y sus pastores, que, con gran amor, habían recibido y atendido a sus hermanos de provincias y habían alojado en sus capillas a la Conferencia.

La Comisión de excursiones, que organizó la interesantísima a San Isidro del Campo, Santiponce.

Los secretarios y, en general, la Mesa, que había servido con celo a la Conferencia y guiado discretamente sus deliberaciones. Este voto de gracias fué confirmado con una cariñosa salva de aplausos.

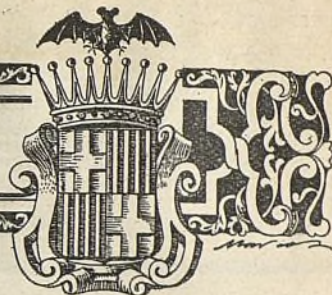
Momentos finales.

La última parte de la sesión se dedicó a un breve discurso resumen del presidente y a unos momentos de oración. D. Adolfo Araujo dijo que, indudablemente, la Conferencia había representado un progreso, por así decirlo, *parlamentario*, y una experiencia espiritual, no nueva en absoluto; pero si fuertemente sentida. Al dilatarse los espacios de la caridad, se habían ensanchado los espacios de la verdad, según una frase famosa de San Agustín. Las grandes realidades cristianas, el Salvador, el Espíritu Santo, la Iglesia, habían brillado con nuevo fulgor ante la vista de los reunidos. Este año, que conmemora el XIX Centenario de Pentecostés, es propio para que todos



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE

ANTONIO VALLESPINOSA



(Continuación.)

También se me presentó un cura para que le admitiese o, más bien, para que le diese una colocación en la Iglesia Protestante.

Hallábame en la *Garrison Library*, escribiendo, cuando se me dió el recado de que en el atrio había un cura que deseaba hablarme. Fuime abajo, donde se hallaba, y me lo llevé a mi habitación. Preguntado el objeto de su visita, contesté que deseaba hacerse protestante. Mas yo, que siempre iba alerta con esa gente, antes de dilatar la conversación, le hice firmar un documento en el que se suplicaba la admisión en la Iglesia Protestante, lo que hizo sin objeción alguna. Aquí sigue su súplica:

«Sr. D. Antonio Vallespinosa. Gibraltar, 5 de Julio, 1866. Muy señor mío: Habiendo venido en conocimiento de que la Iglesia Anglicana es la verdadera, la cual nos manda seguir nuestro Señor Jesucristo, suplico a usted se digne aconsejarme los medios por los cuales pueda ser yo miembro de ella. Suyo afectísimo servidor, q. b. s. m. — Juan Heredia.»

Era ese cura natural de uno de los pueblos de la provincia de Málaga, de veintisiete años de edad, e hijo de un médico distinguido. Fué destinado por sacerdote a La Línea, cerca de Gibraltar, y a su llegada a la parroquia se hospedó en la casa del alcalde, que era el cafetero de la población. Dicho señor alcalde tenía una hija, que hizo demasiada amistad con el señor cura, y ambos determinaron pasar a Gibraltar y hacerse protestantes. Concluida su narración, le pregunté si sabía en qué consistía el Protestantismo, y me contestó que en no creer en el Papa, permitir el matrimonio a los clérigos, y dos o tres doctrinas más que comúnmente suele saber la gente vulgar. «¿Sabe usted el motivo por qué admitimos tales doctrinas? — le repliqué, y entonces vi que no sabía qué contestarme. — Pues bien — continué —; antes de admitir a usted en el gremio de nuestra Iglesia, es necesario que usted sepa las razones en que nos apoyamos. Aquí tiene usted la Biblia y esos libros, y cuando me pueda dar razón de que lo que profesamos es, realmente, la doctrina de Cristo, entonces le inscribiré en mi libro, y haré cuanto pueda para que sea, no sólo un discípulo, sino un maestro en nuestra Iglesia. Entérese bien de lo que es la pura religión de Cristo, y no le faltará ocupación ni cristianos que quieran compartir el pan con usted.»

Hícele otras indicaciones, y, finalmente, le dije que si quería ser protestante, debía ser por el amor a Cristo y no por el amor a una muchacha; y que el matrimonio era una cosa secundaria, puesto que la primaria era sencillamente el Santo Evangelio.

Despidióse de mí, y como vivía cerca de Gibraltar, vino a visitarme varias veces, en las cuales siempre insistí sobre aquellas cosas. Últimamente, el padre de la joven escribió al obispo de Cádiz, quien mandó al cura a la parroquia de Conil, unas ocho leguas de La Línea. Tuve alguna correspondencia con dicho señor, y, por lo que vi, no se dió mucha prisa en estudiar las doctrinas de la Iglesia Protestante. Nuestra correspondencia fué cercenándose, hasta que concluyó. A últimos de 1869, de camino para Barcelona, le vi en la estación de Cádiz; pero no nos hablamos, y, según me informé, se hallaba de vicario en una iglesia de Puerto Real.

Un fraile capuchino vino a Gibraltar con el objeto de que se le diera una colocación en la Iglesia. Llamábase Pablo Concepción Orejón, y se titulaba misionero apostólico. Era natural de uno de los pueblos de los contornos de Madrid. Cuando joven estuvo en un colegio de misiones, y, después de celebrada su primera misa, lo mandaron a Mogador, costa de Marruecos en el Atlántico. Allí vivía con cinco o seis compañeros, comiéndose el pan cotidiano, sin poder convertir siquiera un moro.

Parece que por allí había una familia inglesa, con la cual tuvo relaciones, viniendo, de este modo, al conocimiento de los principales dogmas de la religión protestante. Recomendado por aquéllos protestantes extranjeros, se vino a Gibraltar, creyendo que bastaba ir allí para obtener lo que vulgarmente llamamos una rectoría. Vióse con el ministro protestante, Mr. Alton, quien le hizo declarar, por escrito, los motivos que le habían impedido abrazar el Protestantismo, lo que no tuvo inconveniente en hacer. No habiendo podido obtener colocación al momento, se fué a Mr. Powley con algunas cartas de recomendación, quien le dijo que, para los asuntos españoles, estaba D. Antonio Vallespinosa, con quien podía entenderse. Como el señor Orejón ya me había visto y hablado varias veces, no juzgó prudente volver. Con todo, nada hubiera podido hacer por el momento, sino ayudarle en su situación. Encargóse de él, poco después,

Mr. Sutherland, ministro de la Iglesia Presbiteriana; mas tuvo luego que salir Orejón de Gibraltar, no sabiendo nada de él hasta que apareció en Madrid, a la caída de Isabel II, trabajando por la causa del Evangelio.

Un estudiante de Teología, de unos veinte años de edad, natural de Ubrique, en la serranía de Ronda, vino a verme con el objeto de que le colocara en un colegio protestante, donde pudiera ampliar sus conocimientos evangélicos. Estudiaba en el Seminario de Málaga, y venía recomendado de unos amigos míos de Sevilla. Sentí no poder hacer nada por él, pues tenía bastantes conocimientos teológicos y era firme en sus creencias.

Vino también a verme, y se agregó a mi Iglesia, un liberal tortosino, emigrado en el Peñón desde el año 1820. Era capitán y propietario de un bergantín, que hacía regularmente la carrera a Sudamérica. Mas en cierta ocasión, antes de que yo le conociera, y mientras me hallaba en Gibraltar, cargó de tabaco e hizo rumbo a las costas de África, en el Atlántico, cuando le dió vista un buque de guerra español, que siguió su pista y lo aprehendió. Hiciéronle un registro y, habiéndole encontrado muchos bultos de contrabando, se lo llevaron a Cádiz, donde se le procesó y quedó confiscado.

Mi amigo y los dueños del tabaco acudieron al cónsul inglés de Cádiz, quien tomó una parte activa en esta cuestión, logrando solamente la libertad del capitán y los tripulantes.

El Gobierno español había considerado el bergantín contrabandista como buena presa, y el inglés, un acto de piratería, puesto que al tiempo de su aprehensión, el barco se hallaba en alta mar y fuera del dominio español. Lo cierto es que, después de alguna correspondencia inútil, el Gobierno inglés hizo entender al español que era necesario que en breve tiempo se devolviera el barco y la carga a su dueño, con sus daños y perjuicios reparados, mandando, a la vez, por dos fragatas de guerra que se hallaban en Malta, y que yo vi entrar de noche en la bahía de Gibraltar.

Ya estaba hecha la lista de todos los extranjeros que debían salir del Peñón, en caso de que se denegase la devolución del bergantín, y dada la orden de apoderarse de la ciudad de Cádiz, y retenerla hasta que se accediera a las demandas del ministro inglés.

El Gobierno español, presidido, si no

